

TRADICIONES Y NEOLOGISMOS: LOS ENCUENTROS DE RICARDO PALMA Y RUBÉN DARÍO CON ESPAÑA

Enrique Sánchez Albarracín

RESUMEN

El artículo trata del encuentro de dos figuras de las letras latinoamericanas, Ricardo Palma (1833-1919) y Rubén Darío (1867-1916), en una encrucijada generacional propiciada por el Cuarto Centenario del Descubrimiento de América celebrado en España en 1892. En las tribunas de los numerosos discursos, exposiciones, tertulias, conferencias y congresos españoles, tanto el joven poeta modernista de 25 años como el académico y bibliotecario peruano se sumaron a las "voces latinoamericanas" que trataron de reivindicar entonces la necesidad no sólo de una reconciliación política y económica sino de un auténtico reconocimiento histórico e intelectual de las repúblicas americanas. Conformando acaso una bisagra temporal y arbitraria en la historia de las relaciones culturales entre España y América Latina, el encuentro centenario significó también un último cruce de generaciones que nunca antes se había logrado y nunca después se repetiría.

Palabras clave: Rubén Darío, Ricardo Palma, centenario, literatura hispanoamericana, hispanoamericanismo, siglo XIX.

ABSTRACT

The article deals with the meeting of two figures of the Latinamerican letters, Ricardo Palma (1833-1919) and Rubén Darío (1867-1916), in a generational crossroads propitiated by the Fourth Centenary of the discovery of America in Spain 1892. On the tribunes of the numerous spanish speeches, expositions, literary circles, lectures and congresses, the 25 years old modern modernist poet as well as the Peruvian academician and librarian joined to the "Latinamerican voices" that tried then to vindicate the necessity not only of a political and economic reconciliation but also of an authentic historical and intellectual recognition of the American republics. Conforming perhaps a temporary and arbitrary hinge in the history of the cultural relationships between Spain and Latin America, the centenarian

meeting meant also a last crossing of generations that never before had happened and never again would repeat

Key words: Rubén Darío, Ricardo Palma, centenary, Hispanoamerican, Hispanoamericanism, XXth Century.

«Lo que nos inclina hacia Europa y al mismo tiempo se resiste a ser Europa, es lo propiamente nuestro, lo americano.»

Leopoldo Zea, Cuadernos Americanos, 1942

Según José Ortega y Gasset, el hombre hasta los 25 años, no hace más que aprender. Descubre el mundo legado por sus mayores pero éste le sugiere meditaciones distintas, naturalmente, de las que tuvieron durante su propia juventud los hombres ahora maduros de su tiempo.¹ Y es que las generaciones se siguen sin repetirse, acompañando el curso del tiempo, desde la germinación de las ideas y del asentamiento de las convicciones a su posterior olvido, rechazo o conservación. Y el mundo por su parte, cambia, producto también de dichas generaciones, e inductor a su vez de divergentes filiaciones donde el espacio imprime asimismo sus motivos y circunstancias y donde la experiencia directa y personal, al fin y al cabo, constituye además un criterio fundamental.

Al encarar desde la perspectiva del encuentro, el viaje de los escritores Ricardo Palma y Rubén Darío a España, realizado en 1892 con motivo de la conmemoración del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, lógicamente nos vienen a la mente las polémicas más recientes que a lo largo de las dos últimas décadas se propagaron en torno a las celebraciones del llamado Quinto Centenario del Encuentro entre Dos Mundos. Es verdad que la propia dualidad semántica de la palabra induce la polémica, puesto que tanto puede entenderse reunión o confluencia en el término encuentro como choque, rivalidad o enfrentamiento. Más allá de la cuestión dialéctica, sin embargo y de los disgustos o querellas suscitados por unas

apoteósicas celebraciones que censuraron muchos observadores pasados y actuales, lo que nos interesa rescatar aquí, no es tanto en realidad el encuentro de dos mundos opuestos o aledaños como el de diversas generaciones.

Cualquier reunión de artistas o intelectuales, coincidente en el tiempo y en el espacio, merece considerarse acaso como un encuentro de generaciones. De acuerdo con los planteamientos citados de Ortega y Gasset, dichas generaciones pueden ser coetáneas aunque no necesariamente contemporáneas. Al no vivir todos del mismo pasado, existen hombres que viven en un mismo momento, pero que pertenecen a generaciones distintas.² Tal fue el caso de Ricardo Palma, Rubén Darío y de los demás intelectuales españoles y latinoamericanos que en las circunstancias de 1892 se encontraron en España.

Rubén Darío, el parnasiano de fantasía deslumbradora

Poco y mucho es conocido el primer viaje trasatlántico que emprendió Rubén Darío en 1892 como Secretario Oficial de la Delegación que enviaba entonces Nicaragua a España con motivo de las celebraciones del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América. El hecho es muy conocido porque son abundantes las referencias a aquel viaje en la hoy valiosísima y abrumadora colección existente de biografías, antologías, ensayos y críticas de la obra del gran poeta nicaragüense. El propio escritor reseñó dicho viaje al menos en su Autobiografía de 1912, en algunos párrafos alusivos de su *España Contemporánea* y en varios artículos, cartas y semblanzas donde la memoria es el mecanismo

motor de la composición o recomposición de la historia ajena y personal. Por esta caprichosa razón no es tan conocido finalmente el primer viaje de Rubén Darío a España y también porque no dejan de ser a menudo anecdóticas las referencias de los críticos³ a aquella expedición primeriza que constituye, sin embargo, un momento determinante en la formación del artista y del intelectual. A partir de entonces se iniciaría quizás esa toma de conciencia de Rubén Darío de no ser sino “español de América y americano de España” o sea, como advierte muy acertadamente Blas Matamoros⁴, de ser en definitiva extranjero o emigrante tanto de la vida real como de la literatura.

Los viajes constituyen, por tanto, una de las posibles claves para interpretar la personalidad histórica y literaria de Darío y si es verdad que, como dictaminaba Montaigne en sus *Ensayos*, “les voyages forment la jeunesse”, el poeta nicaragüense, que viajó desde su infancia y hasta su muerte incesantemente, se estuvo formando, por consiguiente, durante toda su existencia. Siendo adolescente había recorrido primero, reiteradamente, los pueblos y ciudades de la América Central. “¿Ha comenzado a golpearme el mundo?, pues bien, ¡adelante!”, se exclamaba en una carta de 1882⁵. Poco después partía de Nicaragua rumbo a El Salvador y desde entonces no dejaría de viajar. En 1886 se había embarcado para Chile emprendiendo su primera gran aventura literaria de la cual regresaría tres años más tarde, consagrado, tras la publicación de *Azul*, como poeta continental:

Si el libro, impreso en Valparaíso este año de 1888, no estuviese en muy buen castellano, [le escribía Juan Valera en su primera *Carta Americana*] lo mismo podría ser de un autor francés, que de

un italiano, que de un turco o de un griego. El libro está impregnado de espíritu cosmopolita. Hasta el nombre y apellido del autor, verdaderos o contrahechos y fingidos, hacen que el cosmopolitismo resalte más. Rubén es judaico, y persa es Darío; de suerte que por los nombres no parece sino que usted quiere ser o es de todos los países, castas y tribus⁶

Pero el cosmopolitismo de Rubén Darío en Santiago o Valparaíso era todavía literario. Hacía tiempo sin embargo que anhelaba un viaje real, trasatlántico, prolongación de su quehacer imaginario, un viaje que le había sido denegado a los quince años cuando leyó ante el Congreso de Managua su poema "El libro" con el fin de obtener una beca de estudios para Europa. Sus jóvenes ardores liberales habían frenado entonces la benevolencia del presidente del congreso, quien había rechazado su solicitud con estas palabras:

Hijo mío, si así escribes ahora contra la religión de tus padres y de tu patria, ¿qué será si te vas a Europa a aprender cosas peores?⁷

En 1892, llegó finalmente el momento. Rubén Darío, contaba con 25 años y un prestigio literario internacional certificado por las dos Cartas Americanas de Juan Valera que habían sellado la entrada del modernismo americano en España. Todavía no había perdido nada, empero, de sus exaltaciones juveniles, que desparramadas en numerosas crónicas periodísticas, abogaban también en el terreno político a favor de la Unión Centroamericana y advertían en América Latina del inquietante desarrollo del pauperismo en las sociedades industriales o de los peligros del naciente imperialismo estadounidense. Poco después de la Conferencia Panamericana de Washington de 1889, por ejemplo, había descrito en estos términos, desde un diario de Costa Rica, al imponente vecino anglosajón:

Por el lado del Norte está el peligro. Por el lado del Norte es por donde anida el águila hostil. Desconfiemos, hermanos de América, desconfiemos de esos hombres de ojos azules que no nos hablan sino cuando tienen la trampa puesta. El país monstruoso y babilónico no nos quiere bien. Si es que un día, en fiestas y pompas, nos panamericaniza y nos banquetea, ello tiene por causa un estupendo humbug.⁸

Si estas palabras no dejan de evocarnos futuras composiciones literarias como el poema "A Roosevelt" de 1904 o el ensayo de 1898 titulado El triunfo de Calibán, descubriendo ya el germen de posteriores actitudes intelectuales, también revelaban el entusiasmo de unas jóvenes generaciones de artistas y escritores americanos a las que pertenecía plenamente el poeta y en las que soñaba José Martí como la "semilla de la América Nueva". Sus maestros, sin embargo, no eran autores americanos ni españoles, sino franceses. Por eso, en sus comentarios de Azul, Juan Valera había señalado que lo primero que se notaba al leer el libro del joven nicaragüense, es que estaba saturado de toda la más flamante literatura francesa.

En 1892, sin embargo, entre sus maletas y pertenencias reales o ficticias no traía solamente Darío a España emociones decadentistas y parnasianas sino una mezcla de proyectos y sentimientos poéticos y existenciales, a veces encontrados, en los que Verlaine, Hugo y Whitman se codeaban con Espronceda, Bécquer o Campoamor. Y aunque Nuestra América, según el juicio emitido en 1891 por el apóstol de la independencia cubana, era apenas entonces "una máscara con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España"⁹, la indumentaria y los antifaces ya no lograban esconder en el caso del joven poeta de Nicaragua, los rasgos tan determinantes de su propia personalidad original y fecunda.

Y usted no imita a ninguno [había reconocido Valera] ni es usted romántico, ni naturalista, ni neurótico, ni decadente, ni simbólico, ni parnasiano. Usted lo ha revuelto todo: lo ha puesto a cocer en el alambique de su cerebro, y ha sacado de ello una rara quintaesencia.¹⁰

El entusiasmo juvenil, mezclando también ideales estéticos y sociales, reivindicaba en 1892 la renovación intelectual como una alternativa a la angustia, al pesimismo imperante. Porque no sólo América y España sino el mundo entero se encontraban en pésimo estado en aquel último trecho del siglo XIX. Sólo bastaba, como ahora, echar una rápida ojeada a la prensa, para descubrir cómo lo estragos del hambre y las desigualdades acarrearán tragedias humanas y despertaban reacciones violentas y desesperadas. En un artículo titulado “Hambre y Hartura”, por ejemplo, en el que refería un atentado anarquista ocurrido en Barcelona, el periodista franco-venezolano Luis Bonafoux se preguntaba desde las páginas de la revista España y América:

Quién será capaz de resolver un problema ... pavoroso, (y tanto) que está «en estudio» hace ya siglos, como si fuera el eterno proyecto ultramarino? ¿Quién podrá dar solución a la antinomia entre el mundo de los anarquistas, es decir los hambrientos, y el mundo de los burgueses, o sea los hartos? [...] Lo que más irrita a los anarquistas es el contraste entre el hambre que padecen y la hartura de que gozan las clases privilegiadas»¹¹

Ese mismo contraste también lo había recalado Darío en Azul, en la “Canción del Oro” donde el protagonista, “aquella especie de harapiento, por las trazas un mendigo”, no era una figura estética ocasional sino un verdadero personaje dariano que con el nombre de Juan Lanás proclamaría en otro texto de 1892:

Oh, señor! el mundo anda muy mal. La sociedad se desquicia. El siglo que viene verá la mayor de las revoluciones que han ensangrentado la tierra.¹²

Con todo, y aunque la inoperante razón iba dejando paso a paso en el ambiente artístico e intelectual de la época abrumadores espacios a la angustia, Rubén Darío, joven de 26 años no cumplidos, se definía el 30 de noviembre de 1892 en la revista La Ilustración Española y Americana como un verdadero optimista, un escritor que tenía fe en el porvenir, mucha constancia en el estudio y laboriosidad incansable, un artista que proclamaba audazmente:

Entiéndase que nadie ama con más entusiasmo que yo nuestra lengua, y que soy enemigo de los que corrompen el idioma; pero desearía para nuestra literatura un renacimiento que tuviera por base el clasicismo puro y marmóreo, en la forma, y con pensamientos nuevos; lo de Chenier, llevado a mayor altura: arte, arte y arte.¹³

Éste era el “parnasiano de fantasía deslumbradora” que evocaría algunos años más tarde en sus Recuerdos de España el escritor Ricardo Palma.

Ricardo Palma, el primer limeño de Lima

España no fue el escenario de la primera entrevista de Darío con Palma. En una de sus crónicas literarias, el poeta nicaragüense describió cómo se conocieron en febrero de 1888 en Lima.¹⁴ Rubén había efectuado expresamente el viaje desde Chile para conocerlo. El autor de las Tradiciones era por aquellos tiempos, sin duda, la mayor figura literaria de su patria. Nacido en 1833, contaba entonces apenas con 55 años pero Darío lo retrataba como un “viejecito amable” aunque celebrara su gran vitalidad:

Deleita oír a Palma tratar de asuntos filosóficos y artísticos, porque se advierte que en aquel cuerpo que se halla a las puertas de la eternidad, corre una sangre viva y joven, y que en aquella alma arde un fuego sagrado que se derrama en claridades de nobilísimo entusiasmo.¹⁵

Ricardo Palma pertenecía a una generación intermedia de escritores latinoamericanos que se situaban en la transición literaria del período colonial al período nacional o cosmopolita. Eran liberales o conservadores en el terreno político y realistas o románticos en el de la literatura. El historiador español Salvador Bernabeu Albert, acogiéndose a los juicios de José de la Riva Agüero¹⁶, resaltó lo contradictorio del romanticismo literario de Palma con su liberalismo político¹⁷. El primero exaltaba lo que el segundo condenaba y destruía. Pero ésta no era sino una de las tantas facetas de la personalidad compleja del escritor peruano, que no hacía sino reconstruir en el arte lo que procuraba destruir en la vida.¹⁸

Lo mismo que Rubén Darío, había sido precoz por otra parte, tanto en el arte de la literatura como en el de la política o en los viajes. Con sólo quince años, era ya director de un periódico político y satírico llamado "El Diablo", mientras otro diario de Lima, "El comercio", publicaba sus primeros poemas. Entre los 18 y los 25 años había viajado ya por casi toda la costa pacífica de la América del Sur, oficiando como contador de barcos de guerra, ocupación que le había deparado además una gran libertad de tiempo para dedicarse a la lectura de los clásicos y a la poesía. Sus actividades políticas como conspirador liberal, le habían valido posteriormente una experiencia de exilio de tres años en Chile, periodo que según el académico peruano Estuardo Núñez fue singularmente productivo para su evolución espiritual y literaria:

El pensamiento se hizo más riguroso y su prosa se volvió más segura y menos retórica. Su espíritu adquirió solidez de criterio y amplitud de visión, lo cual sería un valioso aporte para aprovechar mejor el viaje europeo que le esperaba.¹⁹

Al igual que Darío, Palma también había hallado en Chile, donde se vinculó con intelectuales y artistas de su generación, un decisivo estímulo creador, que se plasmó con la publicación de sus *Anales de la Inquisición de Lima* en 1863, trabajo histórico de sello netamente anticlericalista y sobretodo con la aparición en la prensa nacional y extranjera de aquellos relatos que retrataban con gracia e ironía las costumbres de la Lima colonial, bajo el título de "Tradiciones".

Conservando la misma vena satírica y picaresca que latía ya en sus composiciones poéticas anteriores, pero entregándose a un nuevo estilo narrativo que tenía, con todo, diversos antecedentes en Europa y en América, las Tradiciones acabarían constituyendo un verdadero género literario creado por el propio Ricardo Palma y situado a medio camino entre la historia y la anécdota, entre la leyenda y el artículo de costumbres. Su amplia difusión continental a partir de 1872 le valdrían rápidamente un renombre internacional, siendo alabadas, según palabras de Darío, hasta en *El Fígaro* de París.

Desparramadas en más de una decena de volúmenes, publicados a lo largo de su vida, estas mismas Tradiciones, que convertirían a Palma en uno de los fundadores de la literatura nacional peruana, también originarían, no obstante, una de las primeras grandes polémicas literarias del país. Iniciada con la divergencia personal existente entre Ricardo Palma y Manuel González Prada, quien encabezaba una joven generación de escritores nacionales que fustigaban el colonialismo y promovían la ruptura de

todo vínculo con España, fue propagándose la polémica entre “palmistas” y “pradistas”, confinando estos últimos, la figura y la obra de Palma, entre la literatura colonialista, evocadora y nostálgica del virreinato.

Sólo con el paso del tiempo volverían los críticos literarios, en el siglo XX, a superar las dicotomías simplificadoras para recuperar el valor histórico y artístico de las Tradiciones. Según Haya de la Torre, Palma era tradicionalista pero no tradicionalista. José Carlos Mariátegui explicaría por su parte en 1928 que si bien el escritor limeño retrataba la colonia, lo hacía con un realismo burlón y una fantasía irreverente y satírica. Mientras González Prada marcaba en la historia literaria del Perú, según él, la transición del españolismo puro a un europeísmo incipiente, Ricardo Palma en cambio traducía el criollismo, el mestizaje, la mesocracia de una Lima republicana.²⁰

Le había tocado vivir, en realidad, al escritor peruano, el periodo histórico de una independencia todavía embrionaria e insegura, marcado por el intento de España de recuperar su antigua colonia en los años 1865-66 o por la guerra del Pacífico entre 1879 y 1881, durante la cual las tropas chilenas, al ocupar Lima, habían quemado incluso su casa y su biblioteca, aniquilando el manuscrito de una novela y numerosos apuntes de memorias. La inestabilidad política por un lado, las guerras desastrosas luego y finalmente las tribulaciones de una economía maltrecha; todas estas circunstancias habían contribuido a alimentar el desengaño del hombre y a afinar la sátira y la agudeza del literato.

Ricardo Palma, que le llevaba más de treinta años a Darío, había superado también el número de los que le tocaría vivir al poeta modernista. Si el peruano no cumplía en 1892 con su primer cargo

oficial, tampoco era éste su primer viaje a Europa. En 1864, aprovechando un cargo diplomático de consul en Brasil, ya había navegado rumbo al viejo mundo, visitando Londres, Italia, Bruselas y París donde había frecuentado durante algunos meses a Lecomte de Lisle, Sully Prudhomme, Catulle Mendès, Gautier, Baudelaire, Banville y hasta a los viejos maestros Hugo, Dumas o Lamartine. El primer viaje a Europa había desembocado a la postre en una mezcla de fascinación y desencanto, quizás de desmitificación. Habiendo recibido el escritor durante su estancia influencias también de otras literaturas europeas, se le había depurado su percepción del mundo, alimentándose de un cosmopolitismo menos sentimentalista y más práctico, que le había llevado, finalmente, a renunciar a la poesía.

El estilo de Ricardo Palma [observaba Miguel Cané] es su propiedad exclusiva e inimitable; pero aquel que, engañado por su pureza castiza, le supusiera una filiación únicamente española, sufriría un grave error. No se alcanza esta perfección sin conocer a fondo los humoristas ingleses, especialmente Swift y Henry Bayle; sin haber vivido en íntimo comercio con Molière, y entre los alemanes con Heine y Jean Paul. Indudablemente que sobre todos ellos está Cervantes; pero es precisamente el carácter de nuestra literatura americana la base ecléctica en que se apoya.²¹

Al asomarse el año 1892, por tanto, el que definía Rubén Darío como el limeño más limeño de Lima, había llegado a la parte culminante de su órbita²², se acercaba a los sesenta años y era periodista, cuentista, traductor, académico correspondiente de la Lengua y también de la Historia, y quizás sobretodo, director de la pobre Biblioteca Nacional del Perú, saqueada durante la guerra del Pacífico y cuya reconstrucción bibliográfica se le

había encomendado oficialmente desde 1883. Por eso, cuando aceptó la invitación de representar al Perú durante las celebraciones del IV Centenario del Descubrimiento de América en España, en diversos congresos y actos conmemorativos, no le motivaban solamente intereses académicos y literarios, sino también proyectos culturales tan prácticos como el de obtener de algunos autores e instituciones europeas unas cantidades sustanciales de libros para su biblioteca.

Españoles y americanos en el centenario de Colón

Habían transcurrido apenas setenta años desde la independencia de sus colonias americanas cuando la vieja metrópoli española se propuso celebrar a bombo y platillo el llamado Centenario de Colón o Centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo²³. No les faltaban motivos a las sucesivas autoridades liberales y conservadoras ni a la intelectualidad krausista y regeneracionista de la todavía llamada Restauración, para animar y patrocinar un aniversario cuya magnitud, si bien no tuvo el alcance internacional anhelado, generó no obstante una larga lista de ceremonias oficiales, fiestas, inauguraciones, conferencias, discursos, congresos y exposiciones²⁴, amén de una vastísima producción bibliográfica y hemerográfica²⁵. Era necesario, por un lado, moderar los afanes de protagonismo de otras naciones extranjeras, como Italia, que preparaba una gran exposición en Génova, o Estados Unidos, país que tras la Conferencia Panamericana de Washington, planeaba para el año 1893, la gran Exposición Universal de Chicago, con la que pretendía a juicio de los periodistas españoles,

realizar una demostración de fuerza y prosperidad, ensanchando sus relaciones comerciales continentales, y conmemorando el glorioso suceso del descubrimiento, del cual tenían, según ellos, idea más acabada en América del Norte que en Europa.²⁶ En medio de una coyuntura europea desmoralizante, por otro lado, y a pesar de la todavía aparente estabilidad política de España, las celebraciones centenarias aspiraban también a levantar el ánimo de un país severamente amagado en realidad por sus dificultades económicas y sus divisiones internas, y donde las desigualdades sociales, los repetidos fracasos comerciales y los infortunios industriales, engendraban a su vez penurias, epidemias, emigraciones masivas, revueltas y atentados anarquistas.

Se nos viene encima el año de 1892 [escribía Juan Valera en la revista *El Centenario*] en la peor ocasión que pudiera imaginarse y temerse, con un pueblo tan pobre y tan castigado por todo género de calamidades, pero que no se puede desinteresarse de un acontecimiento como no hay otro acaso mayor ... y cuya conmemoración debe servir, no como simple ocasión de recreo, diversiones y pompa, sino para que se reanuden o afirmen los lazos fraternales entre España y las Repúblicas que fueron sus colonias.²⁷

El viejo literato andaluz que había favorecido en 1888 la entrada de Rubén Darío en el parnaso español, era también en 1892 uno de los principales artífices del Centenario del Descubrimiento de América. Secretario de la Comisión organizadora de 1888, así como fundador y co-director de la revista oficial *El Centenario*, participaba en la organización de las conmemoraciones oficiales estimulando el desarrollo de debates históricos y culturales en torno a ellas, junto con otros intelectuales españoles de la época, hombres políticos y escritores tales como Emilio Castelar, Antonio Cánovas del Castillo,

Francisco Pi y Margall, Antonio Sánchez Moguel, Luis Vidart, Marcelino Menéndez y Pelayo, Gaspar Núñez de Arce o Emilia Pardo Bazán. Todos estos pensadores invocaban desde sus obras y tribunas, definiéndola como el primer objetivo de las celebraciones de 1892, la imperiosa necesidad de estrechar nuevos lazos constructivos con las repúblicas hispanoamericanas.

Se trataba para unos de defender ante todo la unidad de la lengua española y a la vez un espíritu y una cultura originales, acosados por un contexto internacional considerado como enajenante tanto en Europa como en América. Así rezaba, por ejemplo, la convocatoria del Congreso Literario Hispano-Americano que se celebraba en Madrid, en noviembre de 1892 y cuyo objeto exclusivo sería:

el de sentar las bases de una gran confederación literaria, formada por todos los pueblos que aquende y allende los mares hablan castellano, para mantener uno e incólume, como elemento de progreso y vínculo de fraternidad, su patrimonial idioma [...].²⁸

En realidad, la lengua funcionaba sobretodo como el instrumento predilecto de una utópica vuelta hacia el pasado y que expresaría claramente unos años más tarde, el mismo Juan Valera, sintetizando tajantemente este propósito para el Congreso Social y Económico Hispano-Americano de 1900: «Por el habla, por las creencias y por las costumbres, la gente de allí seguirá siendo española antes de ser americana».²⁹

Numerosos representantes, políticos, comerciantes, artistas e intelectuales latinoamericanos habían sido invitados a las celebraciones españolas del centenario americano. La repuesta oficial de las repúblicas de Ultramar a la iniciativa de España fue muy favorable por lo general.

Expresaba un notable deseo de acercamiento por parte de la mayoría de los gobernantes de aquellos países. El presidente mejicano Porfirio Díaz, declaraba, por ejemplo, en una carta dirigida al Congreso Literario de Madrid:

En ningún caso negaría mi cooperación para todo aquello que afecte la unión y grandeza de países que se confunden y estrechan por muchos vínculos, especialmente por el poderoso de la lengua; y negarla en el presente sería olvidar la importancia del acontecimiento que trata de conmemorarse y que, después de cuatro siglos, ha venido a ser, con la sanción del tiempo y de la historia, gloriosa herencia que comparten fraternalmente el pueblo que lo llevó a cabo sobreponiéndose al nivel intelectual de su época y los pueblos que por ese mismo acontecimiento entraron a la vida de la civilización moderna³⁰.

A pesar de la buena voluntad de estos gobiernos republicanos, apenas unos 300 latinoamericanos, según Ricardo Palma, cruzaron en 1892 el Atlántico para asistir a las fiestas de España, la mayoría de ellos enviados por sus respectivos gobiernos como delegados oficiales en los distintos eventos. Este número le parecía muy insuficiente al literato peruano que lamentaba en sus *Recuerdos de España*, la frialdad de sus conciudadanos americanos para con «la nación a la que tantos vínculos deberían ligarlos»³¹.

Igualmente se quejaba el historiador español Antonio Sánchez Moguel, organizador de un ciclo de conferencias americanistas en el Ateneo de Madrid, en el que sólo pudo contar con la participación de tres ponentes latinoamericanos después de haber enviado invitaciones a intelectuales de todas las repúblicas del continente:

De estos escritores, unos, respondieron rehusando, con razones más o menos valederas, la participación ofrecida, y otros, a quienes como a los

anteriores, les fueron dirigidas las invitaciones por los conductos más seguros, no han acusado siquiera recibo de dichas invitaciones. Omito los nombres de unos y otros. Baste saber simplemente lo ocurrido³².

Si Palma atribuía esta situación, en parte, a la errada política peninsular, que había tardado muchos años en convencerse de que América estaba definitivamente perdida para España, también reconocía que las jóvenes generaciones no abrigaban ni odio ni amor por la vieja metrópoli, sino que ésta les era indiferente y que su nutrición intelectual era ahora primero francesa y alemana. A pesar de todo, y además de Ricardo Palma y de Rubén Darío, otros notables políticos e intelectuales latinoamericanos estuvieron presentes en los diversos congresos y actos conmemorativos organizados en España. Cabe citar, por ejemplo, a los académicos mexicanos Vicente Riva Palacio o Francisco Sosa, a los costarricenses Juan Ferraz y Manuel María de Peralta, a los colombianos Ernesto Restrepo Tirado o Soledad Acosta de Samper, a los argentinos Calixto Oyuela o Vicente G. Quesada o al uruguayo Juan Zorrilla de San Martín. Eran voces latinoamericanas que intentaban sumirse, cada cual según sus méritos y cualidades personales y a través de sus artículos, discursos, ponencias y conversaciones, en el concierto general suscitado por el reencuentro conmemorativo con el pasado peninsular y americano.

Percepciones histórico-literarias americanas

Uno de los objetivos declarados del Centenario de 1892 era la reivindicación y defensa de la obra histórica de España en América, como bien había resaltado

el jefe de gobierno español, Antonio Cánovas del Castillo, en un discurso inaugural³³ pronunciado en El Ateneo de Madrid, el 11 de febrero de 1891. Tanto los actos conmemorativos organizados en Huelva, la Rábida, Sevilla, Valladolid o Madrid como los diversos congresos, discursos y ciclos de conferencias seguían una misma línea argumental, tendente a ensalzar además de Colón a cuantos exploradores, conquistadores, frailes y colonos españoles hubieran dejado huellas en la historia y geografía americanas. Se pretendía aprovechar las celebraciones centenarias, para desmentir las esperpénticas visiones difundidas por la nefasta leyenda negra y recuperar una imagen zalamera que encareciera sobretudo el carácter cristiano y humanitario de la colonización española.

Pocas voces discordantes se atrevieron a desafiar este discurso dominante en las circunstancias españolas de 1892. Vale la pena señalar, por ejemplo, la del catalán Luis Rouviere, quien afirmaba en el Ateneo de Barcelona que los conquistadores españoles no fueron en realidad los fervientes misioneros de la civilización puesto que únicamente a la usurpación y al despojo se encaminaban y concluía que no era mistificando la historia como aprendían a ser grandes y a prosperar las naciones.³⁴

Entre los participantes latinoamericanos no faltaron los que se adscribieron sin embargo a la versión oficial española, como el elocuente poeta y orador uruguayo Juan Zorrilla de San Martín, el estudioso Ernesto Restrepo Tirado, quien no vaciló en calificar la conquista de obra humanitaria ante el Congreso Americanista de La Rábida, o su compatriota la escritora Soledad Acosta de Samper, que llegó a justificar en unos artículos la necesaria eliminación de los aborígenes de América a la llegada del hombre civilizado³⁵. Otros, en

cambio, manifestaron su diferencia o discrepancia como el escritor Vicente G. Quesada³⁶ o el embajador e historiador mexicano Vicente Riva Palacio, el cual recalzó en una conferencia pronunciada el 18 de enero de 1892 en el Ateneo de Madrid la excesiva violencia con la que se había producido la evangelización de la Nueva España.³⁷

En lo tocante al joven Rubén Darío, mucho más poeta que científico, su visión, por tanto, de la historia se moldeaba con fuertes ingredientes líricos y estéticos. Prueba de ello fue la publicación en la prensa española del poema titulado *A Colón*, sin duda la mayor contribución histórico-literaria del poeta a las conmemoraciones del centenario de 1892. Se trataba de una desgarrada plegaria en la cual lamentaba ni más ni menos el descubrimiento de una América, que siendo inicialmente una india virgen y hermosa de sangre cálida, se había convertido a finales del siglo XIX en una histérica de convulsivos nervios y frente pálida, un continente deshecho por los duelos, los espantos y las guerras:

¡Pluguiera a Dios las aguas antes intactas no reflejaran nunca las blancas velas; ni vieran las estrellas estupefactas arribar a la orilla tus carabelas!

Integrado posteriormente en el libro *El canto Errante* (1907) cuyo título tan significativo resalta nuevamente el carácter migratorio del quehacer artístico y vital del poeta, este texto fue como la primera y paradójica salutación de Darío a España, una proclamación de las cenizas bajo las cuales brillaban todavía junto a los ojos de Atahualpas y Moctezumas los destellos de las cruces y los verbos de Cervantes y Calderones. En la revista *El Centenario* escribió, también, un artículo titulado *Estética de los primitivos nicaragüenses* en donde su recepción de la herencia precolombina, era primero sensorial, artística y mística a la vez:

Poseían los indios lenguas armoniosas y rítmicas, lenguas misteriosas y onomatopéyicas. No desconocían el divino valor de la Poesía. Gustaban del símbolo y del verso³⁸.

En el legado de sus primitivas poblaciones, las nuevas repúblicas latinoamericanas podían hallar según Darío, además de ricos patrimonios artísticos y culturales, nuevos modelos identitarios y estéticos. El arte latinoamericano rejuvenecido de esta forma podría tener entonces un estremecimiento nuevo³⁹.

Completaban su visión poética precolombina, los demás textos escritos por delegados latinoamericanos para los catálogos de la gran exposición madrileña histórico-americana o para los diferentes congresos del Centenario. El venezolano Tulio Febres Cordero había contribuido, por ejemplo, con una memoria de Estudios sobre etnografía americana⁴⁰ mientras Ricardo Palma se interesaba también en la revista *El Centenario* por el Sistema decimal entre los antiguos peruanos⁴¹. El historiador mexicano Alfredo Chavero, refiriéndose a las primeras escrituras del Nuevo Mundo, revelaba por su parte el gran desarrollo intelectual de los antiguos americanos y el inmenso valor de los documentos transmitidos por ellos a las nuevas generaciones⁴²:

Frente al unilateralismo castizo de los defensores de la lengua española, también expresaban algunos delegados latinoamericanos de 1892, la imperiosa necesidad de recuperar y de estudiar en cada país las lenguas indígenas tan ricas y variadas, y de las que daban fe estudios como el que presentó entonces la comisión de Costa Rica, con el título de *Lenguas indígenas de Centro-América en el siglo XVIII*⁴³, y que recogía un ejemplar del *Vocabulario* de no menos de 21 lenguas americanas editado bajo el reinado de Carlos III.

Neologismos y tradiciones académicas

En cuanto a la lengua castellana, el problema era mucho más enrevesado. Ricardo Palma, que llegaba a España en 1892 como académico correspondiente de la lengua, traía con él muchas expectativas. Nombrado por su gobierno ministro residente y delegado del Perú en los Congresos Americanista, Literario y Geográfico, pretendía participar también activamente durante su estancia en las sesiones de la Real Academia de la Lengua, la cual no parecía mal dispuesta para con las repúblicas latinoamericanas ya que había resuelto, amén de sus tradicionales ediciones, imprimir inclusive una antología americana y española con las composiciones más escogidas de los mejores poetas, y una historia compendiada del movimiento literario de cada nación en que se hablaba la lengua española, encargando este trabajo a las academias correspondientes...⁴⁴

Palma, que especulaba que las fiestas peninsulares propiciarían un encuentro fructífero entre españoles y americanos, por lo menos en cuanto a cuestiones lingüísticas, se mostró bastante reivindicativo en España. El 5 de noviembre de 1892 tomó la palabra en el Congreso Literario para expresar de este modo sus sentimientos:

Mucho debe esperarse, como resultado práctico, de las resoluciones de este Congreso; pero para que estas resoluciones se lleven a la práctica y tengan resonancia en América, es indispensable que en España haya más espíritu de tolerancia para las innovaciones que los americanos propagamos en el lenguaje. [...] Los pueblos americanos, pueblos jóvenes, con ideales distintos, con aspiraciones diversas, con manera de ser política, y quizás hasta social, apartada en mucho de la manera de ser política y social de España, reclaman, hasta en su lenguaje especial, que España no considere como heresiarcas de la lengua a los que proclamamos el

uso de voces nuestras, aceptadas en nuestro idioma. [...] Somos 33 millones de hombres; y ¿por qué se nos ha de desconocer el derecho de usar, como legítimas y castizas, voces que nosotros no hemos inventado, sino que fueron de España?⁴⁵

Pese a su gran exaltación o acaso por ello mismo, las reivindicaciones del escritor peruano se fueron convirtiendo rápidamente en amarga desilusión, especialmente después de su participación en las reuniones de la Real Academia donde intentó vanamente que se reconocieran en el diccionario algunas voces americanas de uso corriente en América Latina aun entre los más doctos, vocablos tales como 'presupuestar', 'panegirizar', 'plebiscitar', 'clausurar' o 'exculpar' y que acabarían siendo reconocidos años más tarde. En la sesión del 15 de diciembre de 1892 la decepción llegó a ser tan fuerte que:

El Sr. Palma, creyó deber manifestar que la Academia del Perú no volvería a reunirse y que en aquel país se crearía una lengua que fuese instrumento eficaz para la manifestación de todas sus ideas y de todas sus necesidades. Contestóle el Sr. Castelar que el Perú, mientras existiera, seguiría usando la lengua castellana y ufanándose con la gloriosa literatura que es patrimonio común de cuantos pueblos tienen la dicha de hablar como hablan Cervantes y Calderón [...]⁴⁶.

En el libro *Neologismos y Americanismos*, que publicaría en 1897, los anhelos iniciales del viajero latinoamericano acabarían finalmente en estas resignadas conclusiones:

Las fiestas del Centenario Colombino han dado el tristísimo fruto de entibiar relaciones. Los americanos hicimos todo lo posible, en la esfera de la cordialidad, porque España, si no se unificaba con nosotros en lenguaje, por lo menos nos considerara como los habitantes de Badajoz o de Teruel, cuyos neologismos hallaron cabida en el Léxico. Ya que otros vínculos no nos unen, robustezcamos los del lenguaje. A eso y nada más aspirábamos los

hispanófilos del nuevo mundo; pero el rechazo sistemático de las palabras que, doctos e indoctos, usamos en América, palabras que, en su mayor parte, se encuentran en nuestro cuerpo de leyes, implicaba desairoso reproche⁴⁷.

Y la situación, según Palma era todavía más grave, cuanto que, si los de su generación tachados a veces de tradicionalistas y colonialistas, y hasta de más papistas que el Papa, todavía seguían enamorados de la lengua de Cervantes, los jóvenes escritores latinoamericanos se cuidaban poco o nada de hojear el diccionario, creían que a los nuevos ideales correspondían también novedad en la expresión y en la forma, y encontraban fósil la autoridad de la Academia siempre aferrada a un tradicionalismo conservador y a un pasado que agoniza.

Hablemos y escribamos en americano, concluía Palma; es decir en lenguaje para el que creamos las voces que estimemos apropiadas a nuestra manera de ser social, a nuestras instituciones democráticas. [...] Nuestro vocabulario no será para la exportación, pero sí para el consumo de cincuenta millones de seres, en la América Latina. Creemos los vocablos que necesitemos crear, sin pedir a nadie permiso y sin escrúpulos de impropiedad en el término. Como tenemos pabellón propio y moneda propia, seamos también propietarios de nuestro criollo lenguaje⁴⁸.

Las divergencias y desilusiones de Ricardo Palma en torno a la cuestión del idioma español conformaban unos de los primeros eslabones de una discusión que se prolongaría a lo largo del siglo XX y hasta el mismo congreso de Zacatecas, hasta donde el ininterrumpido diálogo de voces españolas y americanas no lograría eludir nunca, empero, estas sonadas disonancias.

Volviendo a 1892, la postura del poeta Rubén Darío, en cambio, no era todavía reivindicativa en cuestiones académicas y habría que esperar 1905

para que inscribiera en su poema *Letánias de Nuestro Señor Don Quijote*, su famoso lema: De las academias, líbranos señor. Si se definía a los veinticinco años como enemigo de los que corrompen el idioma, su propósito era más bien una renovación de estilo, de forma, una revolución que tuviera por base el clasicismo puro y marmóreo. Muchos críticos de Darío consideraron su primer viaje a España como el inicio de la españolización progresiva del poeta, que desde *Azul* en 1888 a *Cantos vida y Esperanza* en 1905, recorrería este tramo de identidad que le faltaba aún para convertirse en el poeta americano de España o en el poeta español de América. En ello seguramente pudo influir el asombro y la fascinación que produjeron en el joven escritor, no tanto los fastos de las celebraciones del cuarto centenario, como el encuentro directo con un grupo de intelectuales y artistas españoles que gozaban todavía en América Latina de una indiscutible notoriedad como Zorrilla, Cánovas, Castelar, Valera, Campoamor, Clarín o Menéndez y Pelayo. El joven poeta, a los 25 años, no hacía sino aprender, a su vez, como lo había hecho Ricardo Palma en su primer viaje europeo de 1864, en contacto con los maestros de la literatura romántica y simbólica francesa.

Darío, en Madrid, descubría el mundo legado por sus mayores, españoles y americanos, y este mundo le sugería meditaciones distintas, naturalmente, de las que habían tenido durante su propia juventud los hombres ahora maduros de su tiempo. Ricardo Palma, cuyo viejo liberalismo se mostraba reacio todavía a las pompas monárquicas vigentes en los actos oficiales del centenario español, evitaba por su parte ocasiones de hacer gimnasia con la cintura⁴⁹, prefiriendo definitivamente los pequeños salones y las tertulias a las

grandes ceremonias que le desoían o arrinconaban.

Generaciones de aquende y allende los mares

Unos de los lugares de encuentro favoritos de Palma y Darío con la intelectualidad española y latinoamericana presente en el Centenario de Colón, fueron precisamente los salones madrileños o tertulias privadas, organizadas periódicamente, como la de los lunes en casa de la escritora Emilia Pardo Bazán y la de los viernes o los sábados en la de Juan Valera, o las visitas ocasionales y cenas en casa de hombres públicos e intelectuales como Cánovas, Castelar o incluso José Zorrilla. Eran concurridas además las tertulias organizadas en librerías, como la de Campoamor en la Carrera de San Jerónimo, o la de la librería de Murillo en la calle de Alcalá adonde solían acudir historiadores y académicos. También algunos latinoamericanos, como Vicente Riva Palacio, ministro plenipotenciario de México en Madrid desde 1886, organizaban reuniones de artistas y ‘hombres de letras’ en sus casas. La Unión Iberoamericana, creada en Madrid en 1885, era asimismo otro punto de reunión privilegiado.

Para nosotros [comentaba el costarricense Manuel María de Peralta, en la Sociedad Unión Iberoamericana] ésta es una verdadera fiesta de familia. Estamos entre hermanos, venimos aquí a respirar el patrio ambiente, a celebrar comunes glorias y a fortalecernos con la noble esperanza de un porvenir no menos grandioso y más feliz que nuestro pasado.⁵⁰

El trato siempre más directo y menos protocolario de estas veladas favorecía mayormente el intercambio verdadero.

Juan Valera, prosiguió con su papel de introductor de Darío en España, dedicando incluso una noche especial en su casa a la lectura de las composiciones del vate nicaragüense. Núñez de Arce, entonces presidente de la Asociación de Escritores organizadora del Congreso Literario, se quejaba ante el joven poeta del carácter enfermizo de la literatura francesa después de la muerte de Hugo. Encomiástico para con la poesía americana, le declaraba que el futuro, a su juicio, se encontraba en América:

Nosotros los peninsulares, no tenemos aquí sino los gloriosos recuerdos del pasado, los monumentos de piedra, la historia. Vosotros sois el porvenir.⁵¹

Con Marcelino Menéndez y Pelayo, Darío inició en 1892, lo que recordaría en sus memorias como una larga y cordial amistad. De Emilio Castelar, escribió que al llegar a la casa del prestigioso político cuya figura tenía entonces para los latinoamericanos proporciones gigantescas, tuvo la sensación de entrar en la morada de un semidiós. Además de los fabulosos almuerzos que ofrecía a sus convites le fascinaba su voz y su prodigiosa oratoria.⁵²

Ricardo Palma confesaba por su parte que si aplaudía y admiraba en Castelar al orador, no acataba en él al hombre de doctrina y como político lo consideraba, ni más ni menos, una ilustre calamidad. Le agradecía, no obstante, su actitud en las sesiones de la Academia en donde no se había mostrado tan intransigente como otros académicos españoles, defendiendo incluso la admisión de algunos neologismos propuestos por el limeño.⁵³

El escritor peruano se hizo también íntimo amigo de José Zorrilla, el cual en sus últimos meses de vida, le ofrecía, entre otros versos, estas palabras embebidas de optimismo: Ni lo que fue (el tiempo) me

angustia, ni el porvenir me espanta. Al evocar su desaparición, ocurrida unos días después, Palma afirmarí a su vez que: Con Zorrilla no había desaparecido un hombre, sino una generación a la que sirvió de símbolo en los ideales del arte y de lo bello.⁵⁴

De estos encuentros y además de comentarios e impresiones personales más o menos profundas que nos permiten adentrarnos un poco en la percepción que de las circunstancias y debates intelectuales tenían nuestros escritores latinoamericanos, cabría rescatar toda una serie de anécdotas cuyo valor documental estriba sobretodo en cuanto contribuye a la recreación del ambiente social y cotidiano de la época.

El de Madrid era bullicioso en el año de 1892 que servía de bisagra, no sólo temporal y arbitraria, en la historia de las relaciones culturales entre España y América Latina, sino que significaba un último cruce de generaciones que nunca antes se había logrado y nunca después se repetiría. Siete años más tarde Rubén Darío regresaría a España, como corresponsal del diario *La Nación*, para escribir sobre la situación del país después del desastre colonial de 1898. Buscaría entonces a los prominentes hombres de letras y políticos que había conocido en su primer viaje y descubriría aterrado el paso del tiempo: Cánovas muerto, Ruiz Zorrilla muerto, Castelar desilusionado y enfermo, Valera ciego, Campoamor mudo...⁵⁵

En 1892 se cruzaban en el Centenario, tras varias décadas de hostilidad o alejamiento, las últimas generaciones de la España metropolitana con las primeras generaciones de las repúblicas americanas. Entre los españoles eran coetáneos Campoamor, Zorrilla, Valera, Clarín, Castelar, Menéndez y Pelayo, Pérez Galdós, Ganivet o Costa por citar sólo algunas grandes figuras. Entre los latinoamericanos, Rubén

Darío encabezaba a las nuevas generaciones modernistas, mientras Juan Zorrilla de San Martín, Ricardo Palma, Vicente Riva Palacio, Soledad Acosta de Samper o Vicente G. Quesada encarnaban todavía la vieja guardia romántica liberal o conservadora. Muchos intelectuales latinoamericanos habían renunciado al viaje, por supuesto. Muy lejos de España se hallaban, por ejemplo, las voces poéticas y espirituales de José Martí, Julián del Casal o Manuel Gutiérrez Nájera, así como las eruditas reflexiones históricas o lingüísticas del mexicano Joaquín García Icazbalceta, del chileno Diego Barros Arana o del Colombiano Rufino José Cuervo. El encuentro peninsular de 1892, no obstante, marcaba un punto de enlace significativo entre diversas generaciones de aquende y allende los mares, cuyas respectivas fronteras eran, en realidad, tanto atlánticas como temporales.

El joven Rubén Darío que empezaba a convertirse en el guía estético de la nueva generación de poetas latinoamericanos, influidos por el cosmopolitismo y el esteticismo francés, se encontraba en España con la voz lírica y elocuente de Juan Zorrilla de San Martín, celebrado poeta uruguayo, situado a pesar de su juventud, en la tradicional línea romántica española, de corte becqueriano y fiel a los valores morales y filosóficos de la historia peninsular. Ricardo Palma, a la par que navegaba entre los sonetos de Campoamor y de Zorrilla, escuchaba la innovadora poética de Darío o del poeta andaluz Salvador Rueda, los cuales aclamaba en España, a la vez que muchos de sus seguidores americanos se le hacían insoportables⁵⁶.

De acuerdo con Ortega y Gasset, una generación es algo así como un conjunto de individuos que no sólo son coetáneos sino también contemporáneos y comparten

entre sí una serie de valores y experiencias, de forma que sus afinidades son superiores a sus posibles disensiones. Apenas se atisbaba, sin embargo, en el horizonte de la España de Cánovas y Sagasta, el concepto mismo de generación artística y literaria. Cuanto más, cabía hablar de géneros y de épocas. Se tendría que esperar todavía el “Manifiesto de los intelectuales” de 1898 por ejemplo, para que nacieran realmente en Francia, seis años más tarde, en torno à l’Affaire Dreyffus, las nociones modernas de “generación” y de “intelectual”.

En España, el desastre colonial cubano acarrearía el mismo año una toma de conciencia nacional, social y cultural que impulsaría la llamada generación del 98, coetánea y contemporánea también de la modernista. Pero en la época de las conmemoraciones del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, Unamuno apenas ingresaba en la Universidad de Salamanca, Machado acababa de cumplir diecisiete años y el autor de Tirano Banderas ni siquiera había empezado a publicar.

Rubén Darío fue precisamente entre 1892 y 1899, fecha de su segundo viaje a España, el punto de enlace entre ambas generaciones. ¡Cuánta distancia se había salvado desde el viejo Centenario de Colón! Tras la pérdida de Cuba, que marcaba el final definitivo de la historia colonial americana, llegaba entonces la era del comercio, menos ambigua quizás para el futuro de las relaciones bilaterales entre España y sus antiguas colonias ultramarinas:

Tales formas de relación entre España y América, [observaría Darío en *España Contemporánea*], serán seguramente más provechosas, duraderas y fundamentales que las mutuas zalemas pasadas de un iberoamericanismo de miembros correspondientes de la Academia, de ministros que taquinan la musa, de poetas que ‘piden’ la lira⁵⁷

El incipiente pesimismo de Darío en 1899 recordaría también las desilusiones expresadas por Ricardo Palma unos años antes. De las fiestas hispanoamericanas de 1892 apenas había quedado según el poeta errante, un poco de dulzor en la boca y otro poco de retórica en el aire. Después de las conmemoraciones centenarias, tanto americanos como españoles, habían vuelto a permanecer de nuevo en sus desconfiadas soledades, recelosos cada cual a un lado del gran abismo de la historia.⁵⁸

Menos mal que unos cuantos escritores, a ambos lados del mar, dejaron también cada cual por su cuenta, algunas huellas de aquellos encuentros de 1892. Si muchos de los planteamientos hoy criticables de las celebraciones centenarias no merecieron el interés ni el aprecio de la historia, siempre vale la pena, no obstante, el camino de vuelta hacia atrás. Se trata, en nuestro caso, de indagar precisamente en el recurso de las palabras, el porqué de los tropiezos y de los fallos.

El historiador mejicano José Ortiz Monasterio recuerda oportunamente en uno de sus estudios que las palabras no significan hoy lo mismo que hace cien años⁵⁹. Lo que para la ciencia histórica resulta una verdad sencilla e insoslayable también lo es en parte para la literatura, la cual aun cuando perdura, no puede entenderse atinadamente sin echar mano al menos de algunos referentes sociales y temporales. Hoy nos ha tocado precisamente inquirir en el campo de las palabras y de las ideas, escarbando entre ambos quehaceres, el de la historia y el de la literatura, e intentado reconstruir algunas distancias ineludibles para tratar de entender y valorar estos viajes ficticios y reales de Rubén Darío y Ricardo Palma en el cíclico vaivén de las relaciones hispanoamericanas.

Notas

1. Ortega y Gasset, José, El tema de nuestro tiempo, Espasa Calpe, Madrid 2003.
2. Chamizo Dominguez, Pedro José, José Ortega y Gasset, Universidad de Málaga Málaga, junio de 1998, versión electrónica en Repertorio Ibero e Iberoamericano de Ensayistas y Filósofos (<http://ensayo.rom.uga.edu/>)
3. Exceptuando el caso de Luis Sáinz de Medrano, a quien se debe un interesantísimo artículo en el que empezó a rastrear el tema explorando especialmente los datos y comentarios ofrecidos por la revista La Ilustración Española y Americana de 1892 y la escritora Emila Pardo Bazán en su Nuevo Teatro Crítico (Año II). SÁINZ de Medrano, Luis, "Un episodio de la "autobiografía" de Rubén Darío: la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América", Anales de Literatura Hispanoamericana, N°4, Madrid 1975.
4. Matamoro, Blas, Rubén Darío, Espasa Biografías, 2002.
5. Darío, Rubén, "Carta a Francisco Castro (en León), 3 de julio de 1882", en Cartas desconocidas de Rubén Darío 1882-1916, Academia Nicaragüense de la Lengua, Managua, marzo 2000.
6. Valera, Juan, Cartas Americanas, Madrid, 22 de octubre de 1888.
7. Darío, Rubén, Autobiografía, Editorial Porrúa, México 1999, p.13
8. Darío, Rubén, Por el lado del Norte, Uno de los primeros artículos de Rubén Darío que fue localizado en un periódico costarricense por Gunther Schimalle. Bolsa Cultural N°79, Grupo Ese, Managua, 1999.
9. Martí, José, Nuestra América, Ariel, Barcelona, 1973.
10. Valera, Juan, op. cit.
11. Bonafoux, Luis, Hambre y hartura , España y América , 21 de febrero 1892.
12. Darío, Rubén, Por qué, 1892.
13. La Ilustración Española y Americana, Presentación de Rubén Darío, 30 de noviembre de 1892 - Año 1892, 2º semestre, pp. 366-367
14. Darío, Rubén, Crónica Literaria, Obras Completas, Vol. IX, Imp. G. Hernández y G. Sáez, Madrid, 1924
15. Op. cit. p.29
16. Riva Agüero, José de la, Carácter de la literatura del Perú independiente, Lima, 1905.
17. Bernabeu Albert, Salvador, Ricardo Palma, Ayuntamiento de Madrid, 1987, p.8
18. Porras Barrenechea Raúl, Tres ensayos sobre Ricardo Palma, Librería Mejía baca, Lima, 1954.
19. Núñez, Estuardo, Ricardo Palma y los viajes, Biblioteca nacional, Revista Mapocho, Tomo V, N°4, Lima, 1966.
20. Mariátegui, José Carlos, 7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana, Ediciones Era, 1998, pp. 218-238
21. Cané, Miguel, Juicios Litearios, en Tradiciones de Ricardo Palma, Primera Serie, Edición digital basada en la edición de Barcelona, Montaner y Simón, 1893. Tomo I, pp. 1-116, <http://cervantesvirtual.com>
22. Berisso, Luis, El pensamiento de América, Buenos Aires, 1889, p.226
23. Bernabeu Albert, Salvador, 1892 : El IV Centenario del Descubrimiento de América en España. » 1987.
24. Exposición Histórica-Americana de Madrid, IX Congreso Internacional de Americanistas de La Rábida, Congreso Literario Hispano-Americano, Congreso Mercantil Hispano-Americano-Portugués, Congreso Geográfico hispano-Americano-Portugués, Congreso jurídico Iberoamericano, Congreso Pedagógico Hispano-Americano, Congreso Católico de Sevilla, Ciclos de conferencias de los Ateneos de Madrid y Barcelona, reuniones de la Sociedad Unión Iberoamericana etc...
25. Revistas El Centenario, España y América, La Ilustración Española y Americana, Revista Contemporánea, La España Moderna, El Imparcial etc...
26. Reparaz, G., La Exposición Universal de Chicago, ESPAÑA Y AMÉRICA, 21 de febrero de 1892.
27. Valera, Juan, Revista el Centenario, Tomo I, Introducción, Madrid, 1892, Tipografía de «El progreso Editorial», p. 17.

28. Congreso Literario Hispano-Americano - Convocatoria - Madrid, 15 de marzo de 1892
29. En "A propósito de las actas del Congreso Literario Hispano-americano de 1892" Prólogo de la edición Facsímil del Instituto Cervantes - Madrid 1992 - p. XIX
30. Comunicación del Excmo. Sr. Presidente de la República de México, en Congreso Literario Hispano-Americano, Op. Cit. Apéndice 2, p.603.
31. Palma, Ricardo, Recuerdos de España – Notas de viajes – Esbozos – Neologismos y Americanismos – Buenos Aires – Imprenta, litografía y encuadernación de J. Peuser – 1897 p.160
32. Sánchez Moguel, Antonio, Los Americanos en el Ateneo, Revista El Centenario, Tomo I, Tipografía de «El progreso Editorial», Madrid, 1892, pp. 222-223.
33. Cánovas Del Castillo, Antonio, Criterio histórico con que las distintas personas que en el descubrimiento de América intervinieron han sido después juzgadas, Ateneo de Madrid, Sucesores de Ribadeneyra, 1892.
34. Rouviere, Luis, Influencia del Descubrimiento de América en la Industria y el comercio del Mundo Civilizado, pronunciada el 17 de octubre de 1892, Conferencias leídas en el Ateneo Barcelonés sobre el estado de la cultura española y particularmente de la catalana en el siglo XV, Imp. de Henrich y Cia en Comandita, Barcelona, 1893.
35. Acosta de Samper, Soledad, Descripción del Istmo de Panamá en el siglo XVI, El Centenario, T.I, p.416.
36. Quesada, Vicente G., La sociedad Hispano-americana bajo la dominación española, Revista el Centenario, Tomo 3, Madrid, 1892, Tipografía de «El progreso Editorial», pp 389-413.
37. Riva Palacio, Vicente, Establecimiento y propagación del Cristianismo en Nueva España, Ateneo., "Sucesores de Rivadeneyra", Madrid, 1892
38. Darío, Rubén, Estética de los primitivos nicargüenses, El Centenario, Tomo 3, p.198.
39. Ibid. p. 201-202.
40. Febres Cordero, Tulio, Estudios sobre Etnografía americana: Memorias para ser presentadas al Congreso Internacional de Americanistas y al Congreso Geográfico Hispano-portugués-americano, en sus sesiones de 1892, Mérida, Venezuela, Imprenta Centenario, 1892.
41. Palma Ricardo, Sistema decimal entre los antiguos peruanos, El Centenario, Tomo I, pp. 90-93
42. Chavero, Alfredo, Introducción y notas y Explicación del Lienzo de Tlaxcala, Junta Colombina de México, Antigüedades Mexicanas, México, Tipografía de la Secretaría de Fomento, 1892
43. Ferraz, Juan, F., y Fernández Guaria Ricardo, Lenguas indígenas de Centro América en el siglo XVIII, Costa Rica, Tipografía Nacional, 1892
44. Riva Palacio Vicente, Carta a Ricardo Palma del 8 de enero de 1891, rescatada por Leticia Algaba en su artículo « Ricardo Palma y Vicente Riva Palacio, una amistad epistolar », Revista Secuencia, Instituto Mora, N° 30, Sept-Dic de 1994, pp.198-199.
45. Congreso Literario Hispano-Americano de 1892, Edición original, Madrid 1892 - Edición Facsímil, Madrid, 1992 - Instituto Cervantes pp.132-133.
46. Actas de la Real Academia Española, libro 34, fols 249-252, reproducidas en HERNÁNDEZ, María Isabel, Ricardo Palma en Madrid en 1892, Anales de literatura hispanoamericana, n°13, Madrid 1984.
47. Op. Cit. p.165-170
48. Ibid p.169.
49. Palma, Ricardo, Recuerdos... , op. cit. p.27.
50. Peralta, Manuel María de, Sociedad Unión Iberoamericana, Discursos...p.383.
51. Darío, Rubén, Páginas de Arte, Obras Completas, vol.IV,1927, p.93.
52. Darío, Rubén, Autobiografía, pp.34-38.
53. Palma, Ricardo, Recuerdos... p.87-92.
54. Ibid, p.72-75.
55. Editorial Porrúa, España Contemporánea, México 1999,p.96.
56. Palma, Ricardo, Recuerdos... p. 150.

57. Darío, Rubén. España Contemporánea. Loc at. Lenguas indígenas de Costa Rica en el siglo XVIII, Tipografía Nacional, San José de Costa Rica, 1892.
58. Darío, Rubén, op. cit. p.100
59. Ortiz Monasterio, José, Vivente Riva Palacio, "Los Imprescindibles", Cal y Arena, 1998. Los estados ibero-americanos y la liga internacional antiesclavista en el Congreso Geográfico de Madrid, Imprenta y Litografía de Los Huérfanos, Madrid, 1893.

Bibliografía

a) Sobre el IV centenario

- Catálogo general de la Exposición Histórico-Americana de Madrid - Sucesores de Rivadeneyra - Madrid 1893.
- Centenario del Descubrimiento de América: Conferencias leídas en el Ateneo Barcelonés sobre el estado de la cultura española y particularmente catalana en el siglo XV, Imprenta de Henrich y compañía en Comandita, Barcelona, 1893.
- Centenario del Descubrimiento de América: Conferencias leídas en el Ateneo Barcelonés sobre el estado de la cultura española y particularmente catalana en el siglo XV, Imprenta de Henrich y compañía en Comandita, Barcelona, 1893.
- Congreso Internacional de Americanistas: Reunión del año 1892 - Madrid 1892. (BNE – Madrid)
- Congreso Literario Hispano-Americano - Asociación de Escritores y Artistas Españoles - Edición original, Madrid 1892 - Edición Facsímil, Madrid, 1992 - Instituto Cervantes.
- Congreso Mercantil Hispano-Americano-Portugués - Madrid 1892.
- Congreso Pedagógico Hhispano-Americano-Portugués - Librería de la Viuda de Hernando y Compañía , Madrid, 1893.
- Descubrimiento de América del IV al VI Centenario - Tomo I - Fundación Cánovas del Castillo - Madrid, 1993
- El Continente americano : Conferencias dadas en el Ateneo científico, literario y artístico de Madrid con motivo del Cuarto Centenario del descubrimiento de América... Madrid : "Sucesores de Rivadeneyra", 1894 -
- Abad Del Castillo, Olga, El IV Centenario del Descubrimiento de América a través de la prensa sevillana, Universidad de Sevilla,1989.
- Álvarez Junco, José, España en 1892, in América 92, Revista del V Centenario, Núm. 4. Especial Suplemento IV Centenario del descubrimiento de América, Madrid, Sociedad Estatal V Centenario, abril-juin 1990.
- Baquero, Gastón, La mala imagen de España a finales del siglo XIX, in América 92, Revista del V Centenario, Núm. 4. Especial Suplemento IV Centenario del descubrimiento de América, Madrid, Sociedad Estatal V Centenario, abril-juin 1990.
- Bernabeu Albert, Salvador.1984 - El IV Centenario del descubrimiento de América en la coyuntura finisecular, 1880-1893. - Revista de Indias, 44:174, 1984, p.p 345-366
- . 1987 - 1892: El IV Centenario del descubrimiento de América en España , Consejo Superior de Investigaciones Científicas - Madrid, 1987.
- . 1995 - El centenario interminable : contenidos ideológicos y culturales del IV y V centenario de 1492 - Lateinamerika-Studien (Frankfurt am Main)- Vol.37, , 1995 (pp. 9-27, ill., notes – Numéro Spécial Columbus 1892/1992 : Heldenverehrung und Heldenmontage.
- Brumme, Jenny, El IV centenario y la compensación de la pérdida de las colonias españolas : "la unidad de la lengua", Apuntes (Leipzig), n°4, 1992 - pp. 1-22.
- Drapeyron, Ludovic, La commémoration de Christophe Collomb en Italie et en Espagne, Institut Géographique de Paris, Ch. Delagrave, Paris 1893
- Gómez Soubrier, Juan, 1892 :Centenario sin rostro, article publié dans: América 92, Revista del V

- Centenario, Núm. 4. Especial Suplemento IV Centenario del descubrimiento de América. Madrid, Sociedad Estatal V Centenario, abril-junio 1990.
- Izard, Miquel, Gestas y efemérides. Sobre el cuarto centenario, *Boletín Americanista (Barcelona)*, Vol.37, n°47, 1997 -pp. 181-203
- Montero Barrantes, Francisco, *Elementos de Historia de Costa Rica*, Tipografía Nacional, San José, 1892.
- Moreno, Isidoro, *América en la conciencia española : del IV al V centenario*
- Colloque: Les enjeux de la mémoire : l'Amérique latine à la croisée du cinquième centenaire. Commémorer ou remémorer?, Paris : AFS-SAL, 1992 - pp. 1-25.
- Murriá, José María,
- . 1985 - "El IV centenario del "descubrimiento de América", en *Secuencia*, núm. 3, 1985, pp. 123-130.
- . 1989- Cuarto Centenario del descubrimiento de América, in *El Descubrimiento de América y su sentido actual* pp121-130, Compilador Leopoldo Zea, Colección Tierra Firme, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Fondo de Cultura Económica, Mexico 1989
- Pérez, Antonio, *Aquella primera conmemoración del descubrimiento*. En: *América 92*, Revista del V Centenario, Núm. 4. Especial Suplemento IV Centenario del descubrimiento de América. Madrid, Sociedad Estatal V Centenario, abril-junio 1990.
- Restrepo Tirado, Ernesto, *Estudio sobre los aborígenes de Colombia*, Imprenta de la Luz, Bogotá, 1892.
- Rodríguez, Miguel "El 12 de octubre: entre el IV y el V centenario", en Roberto Blancarte (compilador), *Cultura e identidad*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 127-162.
- Sánchez González, Juan, *El IV Centenario del Descubrimiento de América en Extremadura y La Exposición Regional*, Editora Regional de Extremadura, Mérida, 1991.
- Sánchez Moguel, Antonio, *Los Americanos en el Ateneo*, Revista *El Centenario*, Tomo I, Tipografía de «El progreso Editorial», Madrid, 1892, pp. 222-223.
- Siebenmann, Gustav, "¿Cómo se celebraron los centenarios de 1492 en Europa?", en Gustav Siebenmann, et. al., *El peso del pasado: Percepciones de América y V Centenario*. Madrid: Editorial Verbum, 1995, pp. 143-164.
- b) **Sobre los encuentros de Darío y Palcon España**
- Academia Nicaragüense de la Lengua- *Cartas desconocidas de Rubén Darío 1882-1916*, Compilación de José Jirón Terán y Jorge Eduardo Arellano, cronología de Julio Valle-Castillo, Managua, marzo 2000.
- Berisso, Luis, *El pensamiento de América*, Buenos Aires, 1889, p.226
- Bernabeu Albert, Salvador, - Ricardo Palma, *Ayuntamiento de Madrid, Concejalía de Cultura - Madrid*, 1987.
- Bonneville, Henry
- . 1982 - "Ricardo Palma au présent". *Cahiers du Monde Hispanique et Luso Bresilien*, Caravelle, Toulouse, 1982, n° 39, pp. 27-47.
- . 1984 - "Ricardo Palma y España: tres cartas inéditas a Narciso Campillo". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Lima, segundo semestre de 1984, año X, n° 20, pp. 269-279.
- Cané, Miguel, *Juicios Literarios*, in *Tradiciones de Ricardo Palma, Primera Serie*, Edición digital basada en la edición de Barcelona, Montaner y Simón, 1893. Tomo I, pp. 1-116, <http://cervantesvirtual.com>
- Darío, Rubén,
- . 1892 - *La Ilustración Española y Americana*, Presentación de Rubén Darío, 30 de noviembre de 1892 - Año 1892, 2° semestre, pp. 366-367
- . 1892- *Estética de los primitivos nicargüenses*, *El Centenario*, Tomo 3, p.198-203, Madrid 1892

- 1915 - La vida de Rubén Darío escrita por él mismo, Maucchi, Barcelona, 1915.
- 1924- 1929- Obras Completas, Vol. IX, Imp. G. Hernández y G. Sáez, Madrid, 1924
- 1989 Por qué (1892) en Rubén Darío, El modernismo y otros ensayos, Madrid, Alianza, 1989
- 1999 - Autobiografía, Editorial Porrúa, México 1999, p.13
- 1999 - Por el lado del Norte, Uno de los primeros artículos de Rubén Darío localizado en un periódico costarricense por Gunther Schimalle. Bolsa Cultural N°79, Grupo Ese, Managua, 1999.
- Hernández Prieto, María Isabel,
- 1984 -Ricardo Palma en Madrid en 1892, Anales de Literatura Hispanoamericana (Madrid), n°13, 1984 , pp. 49-56.
- 1995 -Escritores hispanoamericanos en “La Ilustración española y americana” (1869-1899) Anales de Literatura Hispanoamericana (Madrid) - n°24, 1995 - pp. 205-223
- Mariátegui, José Carlos, 7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana, Ediciones Era, 1998, pp. 218-238
- Martín, Carlos, América en Rubén Darío, Gredos, Madrid, 1972
- Matamoro, Blas, Rubén Darío, Espasa Biografías, 2002.
- Moreano, Cecilia, Relaciones literarias entre España y Perú: la obra de Ricardo Palma, Consejo Superior de Investigaciones Científicas - Instituto de La Lengua Española, Madrid, 2002.
- Núñez, Estuardo, Ricardo Palma y los viajes, Biblioteca Nacional, Revista Mapocho, Tomo V, N°4, Lima, 1966.
- Palma, Angélica, Ricardo Palma, Buenos Aires: Ediciones Argentinas Cóndor, 1933
- Palma, Ricardo
- 1892 - Sistema decimal entre los antiguos peruanos, El Centenario, Tomo I, pp. 90-93- 1892, Madrid 1892
- 1897- Recuerdos de España: Notas de viaje, esbozos, neologismos y americanismos, Imprenta J. Peuser, Buenos Aires, 1897
- 1948 - Antología: Selección y prólogo de Edmundo Cornejo U., Ediciones Hora del Hombre S.A, Lima , Perú, 1948
- 1954 - Tradiciones Peruanas, Editorial Universo, S.A., Lima, Perú, Tomes I et II
- 1991 - Ricardo Palma: corresponsal de El Comercio. Introducción de Aurelio Miró Quesada- Recopilación de Héctor López Martínez. Lima: El Comercio, 1991. li, 206 p
- Porras Barrenechea Raúl, Tres ensayos sobre Ricardo Palma, Librería Mejía baca, Lima, 1954.
- Riva Agüero, José de la, Carácter de la literatura del Perú independiente, Lima, 1905.
- Riva Palacio Vicente, Carta a Ricardo Palma del 8 de enero de 1891, rescatada por Leticia Algaba en su artículo Ricardo Palma y Vicente Riva Palacio, una amistad epistolar, Revista Secuencia, Instituto Mora, N°30, Sept-Dic de 1994, pp.198-199.
- Sainz De Medrano, Luis, Un episodio de la autobiografía de Rubén Darío : La conmemoración en España del IV Centenario del Descubrimiento de América , Universidad Complutense, Anales de Literatura Hispanoamericana, N°4, Madrid, 1975.
- Seluja Cecin, Antonio, Rubén Darío en el Uruguay - Montevideo,1998
- Valera, Juan, Cartas Americanas, Madrid, 22 de octubre de 1888 in Obras completas, Vol. III, Madrid, Aguilar, 1958.